

El País de la Travesía

224

* * *

En cierta oportunidad le preguntaron a Eleonora Duse qué país de los muchos que había visitado le gustaba más, y la gran actriz italiana contesta: "La travesía". ¿En qué sentido puede considerarse a la travesía un país? Ella es, a la postre, todos los países. La humanidad que habita una nave es un poco la síntesis de toda la humanidad y, también, paisajes y climas en torno de ella semejan los variados que se dan en una y otra latitud. Aquí, por ejemplo, vivimos a estas horas en el trópico, caldeados y rendidos, y la travesía es así el país de la vegetación alucinante y el aire húmedo de las selvas americanas. Mañana, tal vez, nos hallaremos en el crudo invierno o en la suave primavera. Es la virtud de la travesía, país sucesivo y móvil.

Pero en la frase de Eleonora Duse hay algo más. Parece ella referirse tanto a la variedad del medio cuanto a la multiplicidad de los seres con quienes uno convive. Están los ancianos, cuyo crepúsculo en el mar tiene algo de despedida, de largo y melancólico adiós, alrededor de los cuales una decena de niños pone la nota vocinglera y feliz de quien afronta una novedosa aventura. De otro índole son los jóvenes, ciertamente taciturnos a pesar de su humor, y los adultos, en los que se distingue, a veces, la experiencia de otros viajes. Y luego, las nacionalidades. La permanente picardía risueña de los latinoamericanos ofrece un contraste vivo y patente con esa especie de sabiduría reposada y hosca de los europeos. En la diversión éstos son ingenuos, infantiles, y aquéllos se manifiestan maliciosos e intencionados. Individualmente, de otra parte, hay una curiosa colección de caracteres.

Está aquí, en más de un ejemplar, el europeo que retorna a su patria desengañado de la ciudad americana que eligió para hacer su fortuna o su dicha. Espera ver el puerto de destino como la puerta de un paraíso perdido. El turista tiene otra actitud: aprecia todo, fotografía todo, quiere guardar un testimonio perenne de cada sensación pasajera. El estudiante que va a Madrid, París o Bonn, en busca de perfeccionamiento, lleva en su rostro el signo del temor a lo desconocido y la tristeza del primer desarraigo. Los demás lo ven con cierta compasiva simpatía y le ofrecen ayuda.

Ahora toda esta gente habita el país que amaba Eleonora Duse: la travesía. Al principio eran miradas de reconocimiento desconfiado, saludos corteses, preguntas medidamente discretas. Después, fueron conversaciones cada vez más íntimas. Vendrán las confidencias, según dicen los que saben, más adelante. Al cabo de veinticinco días ya no será lo que nos ofrezcamos mutuamente una pastilla calmante, un remedio para cierta descompostura, un consejo destinado a aliviar determinada inquietud, sino que nos sentiremos unidos profundamente por un sentimiento de unidad y comprensión mutua, de apariencia maciza. Sin embargo, todos iremos a un punto distinto y seguramente no nos veremos más. El país de la travesía es efímero y todo su sentido es una mentira.

Felizmente — me digo— es así. Uno no puede padecer por cada uno de los seres que la vida le coloca al lado. El corazón es exclusivo y egoísta, tiene sus pasiones y repugna hacer de esas fuerzas un bien mostrenco. Por otro lado nunca hay mejor país que el que uno ha dejado, sobre todo si ahí está el amor. La travesía no es cierta. Se trata de una invención. Se explica bien que una actriz, cuyo temperamento y fantasía sedujeron a los poetas de su tiempo, pensara, ganada por el entusiasmo imaginativo, que este era un país, cuando en realidad no es sino un sueño, cuyo despertar está en ultramar.

Cristóbal, octubre de 1956.

LP 23/10/1956

Sebastián Salazar Bondy

r 8